

todo en aquellos casos en los cuales existe conformidad de criterios, por existir tres sentencias concordes sobre la aplicación e interpretación de la ley que ha de resolver el caso jurídico planteado.

Ello explica, sin duda, el gran interés que sienten nuestros juristas por la doctrina legal que se deduce de las sentencias, y si bien en algunas ocasiones los autores españoles de más prestigio la critican y fustigan con frecuencia en sus obras doctrinales, por creerla demasiado pegada a la letra estricta del precepto legal, y no dar cabida, aun en ocasiones que sería posible, a las modernas tendencias de la técnica alemana, italiana o francesa. Ello tal vez constituya la razón de su elogio, pues así su posición, muchas veces prudente, no deja tal vez infiltrarse algunas corrientes ideológicas, algo peligrosas dentro de nuestro carácter y tendencia, y que en algunas ocasiones aparecen reñidas con los preceptos luminosos de la moral católica y de las ya clásicas normas de Derecho romano, que son las que inspiraron el sentido jurídico de nuestro ordenamiento positivo.

En el fondo, resulta esta obra verdaderamente admirable, completa en el estudio de los problemas penales, profunda en la exposición de la materia, documentada en la recopilación de los datos proporcionados por la sentencia, original en lo que respecta al método expositivo, pensada con detenimiento, escrita con todo esmero y cuidado, editado de una forma manual que resulta verdaderamente acertada. Por todo lo cual la creemos digna de todo aplauso y estimamos que el presente trabajo asentará firmemente, inexpugnable roca, el prestigio científico y jurídico, que por todos conceptos nos merece su autor.

#### **LA AUTONOMIA EN EL ANTIGUO TESTAMENTO,**

por JUAN V. SCHIAPARELLI.—Un tomo en cuarto, 167 páginas.—Espasa-Calpe.

Los caldeos, contemplando el cielo en las claras noches de Babilonia, creían que los astros estaban sujetos a la tierra por medio de una bóveda celeste de cristal. Su sistema astronómico estaba basado en principios parecidos al de Ptolomeo, que hace del Sol el centro de todos los astros, contraponiéndose al sistema actual de Copérnico, para quien el Sol no es más que una estrella diminuta que gira en torno a la constelación de Hércules, la cual, a su vez,

se mueve en derredor de la Vía Láctea. Pero sea cualquiera el criterio que aceptemos, sin embargo es natural la importancia que los antiguos atribuían al astro solar, dada la gran influencia que ejerce sobre nuestro planeta, pues la Tierra, según la hipótesis de Laplace, procede de un anillo que giraba en torno al Sol, al igual que el que hoy contemplamos en Saturno, cuyo anillo se fragmentó, dando lugar a los planetas. A la atracción del Sol se atribuyen los movimientos de la Tierra; el año es el tiempo en que ésta describe su elíptica órbita en torno al Sol, impulsada por el movimiento de traslación; el día es el tiempo empleado en el de rotación, y la hora depende del mismo movimiento, pues, según el diverso meridiano que ocupen varios puntos en la Tierra, así variará su hora solar; por lo tanto, la medida del tiempo comenzó con el reloj del sol. Los círculos polares señalan la extensión del día y noche de veinticuatro horas de los polos. Los trópicos marcan el momento del solsticio de las diversas estaciones; de ellos depende la latitud. Eratóstenes midió el tamaño de la Tierra observando el grado de variación en que caían los rayos solares sobre dos localidades distintas de un mismo meridiano: el Nilo. Los colores proceden de la diversificación de la luz solar al atravesar un prisma, como es a veces una gota de agua; además, el Sol, caldeando en diferente intensidad la atmósfera, eleva el aire caliente, experimento físico que observamos en los globos, y de esta manera da lugar a las altas y bajas presiones atmosféricas, originadoras de los vientos. Es el mismo Sol el que, evaporando el caudal de los ríos, forma el vapor de agua que origina las nubes, y es el frío el que, al condensar este vapor de agua, ocasiona las lluvias y las nieves en las temperaturas más bajas; pero es que, además, el Sol, atrayendo el agua de los mares, origina las mareas, al par que el viento es el causante de las olas, y la tendencia a la superficie de las aguas cálidas, juntamente con la rotación terrestre, son las causas de las corrientes y de la circulación del agua en los océanos. En el orden geológico, mientras el fuego interior de la Tierra es una derivación o reminiscencia del solar, mareas, aguas y lluvias son los agentes que por erosión y aluvión modelan la corteza terrestre, formando valles y montañas, juntamente con los agentes eruptivos, volcanes y terremotos. En el orden botánico, el terreno y el clima son los factores determinantes del florecimiento de la vegetación, y éste, a su vez, influye en el orden zoológico, en la dispersión de los animales, que emigran en las estaciones, marchando tras el Sol, al sur en el verano y al norte en el invierno; ello es natural, pues en éste el frío trae las

enfermedades y deja inanimados y adormecidos algunos reptiles, mientras que el verano trae un mayor impulso vital, y tras los animales marcha el hombre. ¿No es cazando el reno como nos le presenta la Prehistoria en la época paleolítica? Y el Sol influye también sobre el hombre. Los monogenistas han creído que la raza blanca procede de los hielos y la raza negra de la acción solar, y además el Sol contribuye también al carácter de los individuos, pues en los países nórdicos son trabajadores y activos y en los meridionales, perezosos, lujuriosos y pasionales, abundando los delitos de sangre. El Sol influye sobre el vestido, pues la piel del esquimal se convierte en el sur en la desnudez del salvaje africano; influye también en la vivienda de la casa de hielo de los países polares a la tienda de campaña del nómada del desierto. Del Sol depende la economía, pues las crisis económicas nacen de las buenas y malas cosechas; y es más, se ha hablado de una concepción climatológica de la historia, atribuyendo la invasión de los bárbaros, la sequía y otros fenómenos a la malaria, y hasta se ha hablado de que la civilización había seguido la ruta del Sol de Oriente a Occidente: Palestina, Grecia, Roma, España, América y Oceanía. Pues tan grande es la influencia ejercida por el Sol sobre la vida humana, ¿cómo extrañarnos de que los antiguos dieran tanta importancia al Sol en el sistema de Ptolomeo?, ¿cómo admirarnos de que los astrónomos modernos atribuyan a las manchas solares, en un exceso imaginativo, la fecha de las revoluciones?

Los caldeos fueron, a lo que se cree, los primeros creadores de la astronomía; pero, sin embargo, no les llevaba de ninguna forma una mera ansia científica, sino, por el contrario, un deseo supersticioso de que dió lugar a la astrología; esta creencia es combatida tenazmente por los profetas hebreos, que solamente creen en un dios, Jehová, como basada en un absurdo politeísmo; sin embargo, de ella derivó el conocimiento de las más antiguas constelaciones, y ya en una estela hebraica que parece fué erigida en el templo de Jerusalén, en donde también se instaló el más antiguo reloj de sol, por Acab aparece ya dibujado un arcaico mapa celeste entre cuyas figuras se encontraban una gran serpiente, un escorpión, un centauro alado arrojando flechas, un macho cabrío con la cola de un pez, altares, tiaras, puntas de lanza, una saeta, un bastón, etc., a los que se cree símbolos de la divinidad, en los cuales, sin embargo, hay gran parecido con nuestro Zodíaco; el macho cabrío con cola de pez representa nuestro capricornio; el centauro alado arrojando saetas a sagitario, o tal vez otras figuras debidas a los acaloramien-

tos de la imaginación exaltada, que, al hinchar con absurdas leyendas la revelación arcaica, ha dado lugar a la mitología adulterada por la leyenda.

De todas maneras, los libros bíblicos que componen el Antiguo Testamento no dejan de tener alusiones a las constelaciones celestes. En el libro de Job se habla de Kimah, identificadas por unos con las pléyades, en otros con Arturo, en otros con las Hiades y para otros con la constelación de Chadre Theman, a la cual los antiguos que identificaban los astros con santos y seres vivientes la comparaban con la parte interna de una habitación, y otras veces con Canope, el Centauro, la Nave, el Argo, la Cruz del Sur o los Penetrales del Austro, visibles a simple vista desde el Hemisferio Boreal. Esta constelación que se enlaza con Sirio, el Can Mayor y Argos marca la dirección del viento Siroco, portador de las tempestades. La constelación del Kesil se cree que correspondía a Orión. El Asch con la Osa Mayor, cuya denominación tal vez provenga de su proximidad a las regiones boreales, aunque para otros pueda representar a Arturo, el Ijuhto, el Auriga, el legendario Espartano inventor de los carros, según la mitología griega, aunque otros vean en él la Cabeza de Toro, o Alderaban, las Hiads, las Estrellas del Aguila, la Lira o Escorpión. La constelación hebraica del Ajisch con la Capela o la de Mazarin es identificada con las dos Osas y marca un parecido con los aparatos aventadores usados por los labriegos. El Narchasch o Serpiente Fugitiva, que significa el Dragón, y Oficucio. En cuanto el Rahab, que se identifica con la ballena. Mazzaroth, citada en la Biblia, significa para unos las Osas, para otros la corona boreal, y marcaba las horas de la noche en que debían relevarse los centinelas, mientras que algunos suponían que tenía relación con las fases de Venus, y no falta quien cree que Kimah significa el Can, o sea Sirio; Kesil, Orión; Mazzaroth, las Hiadas; Ajisch, las Pléyades; en su lugar tiene la forma de la gallina acompañada de los pollitos; Mazzaroth es la constelación portadora de las aguas y no significa otra cosa que los planetas; los Kudurra hacen relación a Mercurio, Venus y Marte. Por lo tanto, como muy bien indica el autor, la escasez de documentos forma parte juntamente con la diversidad de interpretaciones de las causas que hacen esta materia dudosa y oscura.

Sin embargo, los astrónomos del antiguo Oriente no llegaron a la imaginación de los astrónomos medioevales, que identificaban a Perseo con David, a la constelación del Cisne con la Cruz de Constantino, encontrada por su madre, Santa Elena; a la Osa Mayor con

la Iglesia, al Aguila con Elías y Eliseo, arrebatados por Dios al cielo; a Orión por San José a Betelgause con su varita, a la constelación de Virgo con la Virgen a donde va el Sol el día de Navidad, la de la cabellera de Berenice con la cabellera de la Virgen y a la de la Corona Boreal con su diadema y a la constelación de la Serpiente con la culebra que aplasta la Inmaculada, al Zodíaco con el Apocalipsis, a la Vía Láctea con el camino de Santiago, según dicho Apóstol le indicó a Carlomagno señalándole el camino de estrellas hasta llegar a Santiago de Compostela, del latín «Campus Stellae». Aries era identificado por los astrónomos medievales por el Cordero Pascual, Tauros con la festividad de Todos los Santos, Leo con el Profeta Daniel arrojado a la jaula de los leones, al Navío visible en el Hemisferio Austral con el Arca de Noé, y aun no sabemos si será aventurado referir la constelación de Hércules a Sansón y la de la ballena al Profeta Jonás, y, desde luego, son también dibujados en el Cielo los Magos, así como la estrella que les guiara al Portal de Belén, que se cree es identificada con el cometa Harvey. ¡Tal era el misticismo que desarrollaba en los astrónomos antiguos la serena contemplación de la bóveda celeste!

Toda esta materia, así como un completo estudio del mes, del año, de la semana y de las festividades hebraicas, como la de las cosechas, la de la siega y la de los panes ácimos, está maravillosamente narrada en este libro, al que consideramos del mayor interés para el estudio de la materia.

**MI VIDA CON BENITO**, por RACHELE  
MUSSOLINI.—Madrid, 1949.

La Editorial Perseo acaba de publicar la versión castellana de la tan discutida obra *Mi vida con Benito*, compuesta por la viuda de Mussolini con los datos del «diario» que, según afirma, llevó ella con «la idea de poder tener algún día la vista panorámica de su vida, tan agitada, y cuyas primeras páginas se remontan a los comienzos de octubre de 1922—víspera de la marcha sobre Roma—, terminando con la fecha del 17 de abril de 1945, en que Mussolini abandonó en Gargnano a su familia para trasladarse a Milán, donde pocos días después había de consumirse su destino.

El libro constituye una narración cronológica de la vida del matrimonio y de la carrera política de Mussolini, en cuya parte